



Comentario bibliográfico

Richard Whatmore, *The End of the Enlightenment. Empire, Commerce, Crisis* (Londres: Penguin, 2023).

Eduardo Nazareno Sánchez

Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de Buenos Aires

eduardo.n.sanchez.1988@gmail.com

Fecha de recepción: 09/08/2024

Fecha de aprobación: 14/08/2024

El Iluminismo —también utilizaremos como sinónimo el término Ilustración a lo largo del presente trabajo— es considerado uno de los tópicos más relevantes en la historia, especialmente en el universo occidental, por al menos dos razones: 1) el quiebre que significó entre dos épocas bien diferenciadas (la edad moderna y la edad contemporánea); 2) debido a la implicancia profunda que ha tenido para nuestra sociedad, motivo que va desde la crítica de Adorno y Horkheimer a la Ilustración como forma de dominación más que de liberación humana, hasta sus reminiscencias en los movimientos revolucionarios del siglo XX, como la triunfante revolución bolchevique acaecida en Rusia en 1917.

Desde diversos ámbitos (intelectuales, políticos, etc.) generalmente el Iluminismo ha sido pensado en vistas de sus consecuencias, más que desde una perspectiva histórica. Contrapuesto a estas miradas, la hipótesis de Whatmore —historiador británico, profesor y codirector del Instituto de Historia Intelectual de la Universidad de San Andrés en Escocia— propone analizar los puntos ciegos de dicho proceso histórico. Para eso, estudia sus consecuencias y reacciones inmediatas, a través de las ideas de distintos pensadores, que van desde Hume hasta Mary Wollstonecraft, pasando por figuras como Gibbon y Paine, entre muchos otros. Así, por ejemplo, el desarrollo de las guerras producidas en Europa durante el siglo XVIII e inicios del XIX dan cuenta del fracaso, podríamos decir, del movimiento Iluminista en su búsqueda de estabilidad por medio de la razón. He aquí la cuestión: poner en debate los límites y/o alcances del mismo en su contexto histórico más inmediato.

En el primer capítulo, titulado “The Meaning of Enlightenment”, el autor británico inicia con la definición tradicional de Iluminismo, entendiéndolo como la expansión del control humano sobre la naturaleza como resultado del uso de la razón. Por lo tanto, estamos en presencia de una acepción que tiene una visión claramente positiva porque es lo que ha permitido, en gran parte, el progreso de la sociedad occidental en la que nos encontramos.

Más allá de las consecuencias inmediatas que generó, estas no decantaron en la destrucción completa de los fundamentos del Antiguo Régimen, ni tampoco en una nueva forma de organización social por lo menos de manera inmediata. Además, dio pie a una idea universalista sobre la civilización que no tardó en traducirse en una expansión imperialista, sobre todo en Gran Bretaña, lugar geográfico central para el análisis del libro. No fue por casualidad que la Ilustración coincidió con el inicio y posterior desarrollo del sistema capitalista, novedosa organización de las relaciones sociales que, con sus modificaciones, fomentó las transformaciones económicas, sociales y políticas vigentes. En resumidas cuentas, la herencia inmediata del Iluminismo es más compleja de lo que se supone a primera vista y es esto lo que será analizado a través de diferentes autores y autoras del periodo.

En esta dirección, en el segundo capítulo, “David Hume and the End of the World”, el autor analiza la perspectiva de dicho pensador. Por un lado, el filósofo escocés era optimista respecto

del crecimiento europeo, gracias a la razón y el espíritu ilustrado, el cual sería posible en un continente donde el comercio —en tanto la forma de relación no conflictiva entre distintos Estados (especialmente Francia y Gran Bretaña) y personas— se desarrollase de manera inmediata. El cambio se encontraba en la posibilidad de eliminar el conflicto por medio del comercio, principal logro de la política moderna. Empero, dicha condición se enfrentaba, entre otros problemas, con el monopolio holandés. En consecuencia, la posibilidad presentada por Hume no era plausible de ser cumplida fácilmente porque, por un lado, dicho monopolio era un obstáculo concreto y, por el otro lado, también era una limitación al supuesto potencial del comercio como tal.

El siguiente capítulo, “Shelburne, His Circle and the End of Britain”, se inicia en el último tramo del siglo XVIII, tras la muerte de Hume. Era el momento de fortalecer el ideal del Iluminismo en Gran Bretaña —pensado como la acción racional de los hombres— frente a lo que sucedía en Francia, donde la Revolución estaba en pleno apogeo. Para ello, era necesario modificar la política, por medio de los funcionarios ilustrados, a fin de evitar cualquier tipo de fanatismo. Este espíritu de cambio era imperativo para eliminar, dentro y fuera del mismo Estado, cualquier posibilidad de esclavitud y despotismo. Paradójicamente, la libertad y capacidad de acción habían llevado a estos extremos que atentaban contra la estabilidad social y política. Ahora bien, la condición para aplicar dichas reformas parecía manifestar aún un mayor nivel de dificultad, subproducto directo de las diferencias nacionales existentes dentro del reino, especialmente con Irlanda y Escocia. Sin embargo, el mayor obstáculo para dicha organización novedosa se encontraba en los sucesos que se estaban desatando del otro lado del Atlántico Norte y sus correspondientes repercusiones económicas para la monarquía británica.

Más allá de las situaciones particulares mencionadas, para Hume el origen de los males en Gran Bretaña provenía de dos fuentes: por un lado, el excesivo poder de la corona y, por el otro lado, la corrupción de la población. En consecuencia, la Ilustración se presentaba como una solución a estos problemas, pero las condiciones que atravesaba el reino lo impedían, incluso a pesar de la acción de los legisladores (ilustrados, podemos agregar) que podían llevar adelante dicha tarea. De hecho, el conde de Shelburne¹ justificaba la idea de que una revolución en Irlanda tendría mayor

1 El conde, que vivió entre 1737 y 1805, era más conocido como William Petty.

sentido que lo que había sucedido en Norte América debido a la condición en la que se encontraban las tierras irlandesas. Sumado a estos conflictos, de fondo podemos identificar el supuesto de que las posibilidades del crecimiento económico británico no contribuían a la estabilización del territorio. Las colonias eran un claro ejemplo de dicha situación improductiva a causa de la competencia con otros reinos europeos que impedían el desarrollo de una economía más dinámica.

Entonces, así como pudimos apreciar el supuesto de que Gran Bretaña estaba llegando a su fin debido a que no era promisorio el futuro de la isla —o así al menos lo entendían algunos de sus intelectuales que hemos abordado anteriormente—, lo mismo sucedía con la libertad, una de las ideas más difundidas por la Ilustración y también defendidas por la tradición política británica. A esta cuestión se dedica el autor en el cuarto capítulo, “Catherine Macaulay and the End of Liberty”. En este sentido, el temor de que se produzca un levantamiento popular, similar a lo que había sucedido en Francia (considerando la movilización que trajo consigo la revolución) era real, más todavía en el marco de las diatribas económicas e imperiales mencionadas precedentemente. Por lo tanto, desde la perspectiva de Macaulay², la única forma de restablecer el orden era a través de la virtud moral, entendida como la manera de frenar la decadencia social. Virtud que, cabe agregar, contenía fuertes reminiscencias de la teología protestante.

En esta dirección, es relevante marcar el contrapunto entre la pensadora y Edmund Burke, quien será abordado más adelante, ya que ella no consideraba que la vuelta al pasado fuera la solución al nuevo contexto. En definitiva, el debate que se presenta por detrás de estas teorizaciones se encuentra relacionado con la determinación del punto de equilibrio entre la libertad de los individuos para sí mismos y entre ellos, en vista de las repercusiones políticas y sociales que ello pudiese alcanzar. No obstante, estas discusiones sobre la libertad toman consistencia si consideramos la situación que atravesaba Gran Bretaña debido a que en Estados Unidos la libertad había dado lugar a una organización política y económica floreciente. Esto nos demuestra que los debates en cuestión no se produjeron sin ningún sustento, sino que se dieron a la luz de las modificaciones, especialmente económicas, que las alentaban.

2 Historiadora británica que vivió entre 1731 y 1791. Su obra más conocida, *Historia de Inglaterra*, se publicó en 1783.

En el capítulo número 5, “Edward Gibbon and the End of the Republic”, se retoman las discusiones concernientes a las problemáticas que giran alrededor de la república, considerada ésta como un gobierno en el cual predomina la virtud. Se analizan desde una perspectiva alternativa, la de Gibbon³, quien escribió desde su experiencia en los cantones suizos, a la que veía como una forma de preservar la libertad, sobre todo gracias a la organización militar. En esta dirección, Gran Bretaña tenía condiciones para seguir un camino similar a lo que históricamente sucedía en Suiza, más aún bajo la amenaza de los sucesos ocurridos en Francia.

Llegados a este punto podemos sostener que, desde diferentes aristas, el Iluminismo había abierto el horizonte a la idea de que era inevitable la cercanía con el colapso de cierta estabilidad económica, política y social en Europa. En consecuencia, la Ilustración repercutió en términos de profundizar dicha inestabilidad existente, es así que para los autores y las autoras del período tenía sentido pensar que se encontraban en las postrimerías del fin de Europa. Esta cuestión es tratada en el sexto capítulo, “Edmund Burke and the End of Europe”. Allí expone que el principal problema de Burke radicaba en el inminente peligro que significaba un posible levantamiento popular. Frente a tal panorama, la necesidad de orden se constituía como la tarea primaria que debía enfrentar el Estado inglés y dicha acción sólo era posible en la medida en que se pusiera en marcha la defensa de la religión, ya que esta constituía la última barrera contra la barbarie y el fanatismo.

A diferencia de Francia, Gran Bretaña gozaba de “buena salud” política gracias a la prevalencia de la constitución y a las leyes; aspectos que presentaban ciertas limitaciones pues no todas las partes del imperio tenían esa “buena salud”, concretamente las colonias norteamericanas e Irlanda. La clave interpretativa de Burke residía en la convicción de que el futuro sería inevitablemente peor que el presente, por lo que consideraba primordial actuar para evitar la pérdida de la libertad. Incluso, la democracia y la república también podían llevar a la tiranía de las masas: este era el principal miedo. Además, los sucesos revolucionarios franceses eran considerados como un virus contagioso que había alterado todo y no tardaría en propagarse. En resumidas cuentas, la Ilustración había conducido, especialmente a través de la Revolución

3 Historiador británico del siglo XVIII que fue enviado a Suiza, más específicamente a Lausana, por parte de su padre.

francesa —si pensamos a la última como una consecuencia de la primera— al resto de Europa al borde del abismo.

Llegamos así al séptimo capítulo, titulado “Jacques-Pierre Brissot and the End of Empire”. Uno de los aspectos teóricos que preocupaban a dicho intelectual francés —que había formado parte de la facción de los girondinos— era la búsqueda de un sistema de gobierno que fuese capaz de adaptarse a las nuevas circunstancias, en especial si se tienen en cuenta los acontecimientos que estaban teniendo lugar con la revolución. Frente a dicha tarea, la idea de una monarquía temperada, que respetase las libertades y no corriera el riesgo de convertirse en una tiranía, cobraba fuerza ya que era capaz de evitar el despotismo y, simultáneamente, asegurar las libertades civiles. Sin embargo, dicha condición no era suficiente para mantener el orden y la estabilidad, pues también resultaba imperativo fortalecer el comercio en el Atlántico como una fuente de recursos para el reino, convirtiendo en algo fundamental el trazado de una alianza y/o acercamiento con las colonias de América del Norte.

En resumidas cuentas, la cuestión de fondo a esta discusión sobre las formas de gobierno tenía un mismo origen: la necesidad de pensar el fin de la revolución como la clausura del ciclo revolucionario, aspecto al que se dedica el siguiente capítulo, “Thomas Paine and the End of Revolution”. Para el intelectual en cuestión, la única forma viable de organización política en el nuevo contexto era la república, en tanto manera de bloquear el terrorismo y la anarquía. Muchas de estas ideas habían tomado fuerza al calor de la experiencia norteamericana. Empero, de acuerdo con Paine, el desarrollo del comercio debía manejarse con cautela a causa de los posibles efectos negativos que podía generar, como el aumento de los bienes de lujo y la corrupción moral. Lo interesante de esta visión es que los sucesos en el nuevo mundo no debían rescatar o restaurar al antiguo, sino que tenían la tarea de constituir uno nuevo, que, por ejemplo, no negara las ventajas de la representación política y la abolición de las jerarquías, es decir, de las modificaciones impuestas. De una manera u otra, el legado del Iluminismo era imposible de ser obviado en Europa.

En el capítulo siguiente, “Mary Wollstonecraft and the End of Equality”, se dedica al papel de las mujeres en el plano de los debates sobre la igualdad. El eje de la discusión presentado por la

filósofa inglesa por medio de su obra *Vindicación de los derechos de la mujer* de 1792, estribaba en torno a la relación entre hombres y mujeres, y cuál era el punto hasta el que se podría considerar natural la igualdad entre hombres y mujeres, con sus consecuentes derivaciones políticas y sociales. En un contexto en el cual el mundo estaba en decadencia, la Ilustración y la Revolución francesa ofrecían un nuevo escenario para modificar dicha condición de desigualdad. Entonces ¿cómo hacer frente a dicha situación? Partiendo del supuesto de que los derechos habían sido otorgados por Dios a los hombres y a las mujeres en tanto seres racionales, las leyes debían ser equitativas para todos y no proteger los intereses de unos pocos. Se comprende así que el rol de las mujeres en la sociedad tenía importancia por sí mismo y no se circunscribía a la única función de ayudar a los hombres, sino que, por el contrario, les correspondía tener una ciudadanía activa.

En fin, considerando lo que hemos abordado a partir de los diferentes capítulos, podemos apreciar que, por medio de diversos enfoques y problemáticas, el Iluminismo había abierto un período de oportunidades. Sin embargo, quizás su legado más significativo sea el peso de su herencia, marcado por los debates inconclusos que generó entre muchos pensadores y pensadoras europeos. La Revolución francesa había sido primordial en todo ello. No obstante, gran parte de estas discusiones —y es en este punto donde entendemos que radica el énfasis del autor— quedaron sin resolverse.

Lo único que sí resultaba evidente en este nuevo contexto es que la situación no tenía retorno. En consecuencia, la necesidad de encontrar nuevas formas de pensar y conceptualizar dicho escenario, no sólo en términos políticos, sino también en vistas de las transformaciones económicas que, lejos de ofrecer un aliciente a los cambios en marcha, los terminó aumentando. En esta intersección es donde podemos apreciar el impacto del Iluminismo debido al quiebre que significó en el escenario intelectual europeo.

Por lo tanto, el aspecto más positivo a valorarse de *The End of the Enlightenment* es sacar a la luz dichas discusiones Iluministas. De ahí la necesidad de rescatarlas para demostrar sus fisuras, sus puntos ciegos, sus repercusiones, pero, sobre todo, para seguir considerando su proyección y así pensar los desafíos actuales de la sociedad occidental, heredera, a grandes rasgos, de muchos de los preceptos ilustrados.